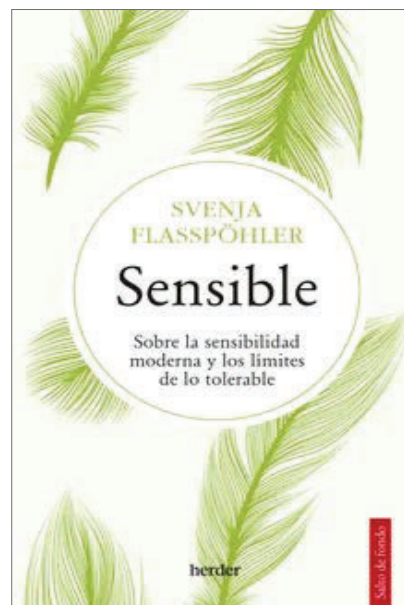


Sensible: Sobre la sensibilidad moderna y los límites de lo tolerable Svenja Flasspöhler, 2023; Ediciones Herder, 248 páginas

Traemos en esta reseña la reflexión de Svenja Flasspöhler (2023) en su libro *Sensible: Sobre la sensibilidad moderna y los límites de lo tolerable*. En una primera incursión desde la historia, la autora sostiene que existe un paso gradual desde el ejercicio de una violencia externa sustituida por una violencia de índole interna experimentada en la subjetividad. Recurre a un clásico de la filosofía alemana, Norbert Elías, quien reconoce en la sensibilidad un rasgo civilizatorio, una forma de sentir que trae consigo el control de las pasiones, proceso de elaboración de sentimientos desde donde se anclan la vergüenza y el ridículo. Se estaría en un proceso no culminado, en el que la disciplina continúa su acción. Flasspöhler inicia su recorrido con algunas preguntas: ¿cuándo un contacto se vuelve molesto?, ¿cuánta proximidad resulta agradable?, ¿dónde está el límite de lo permitido al emitir una opinión?, ¿el ser una víctima acerca más a la vulnerabilidad?, ¿es esta una fortaleza? Las respuestas son controversiales y dividen de manera tajante los alineamientos a favor y en contra. La consecuencia que percibe la autora es la erosión democrática del discurso. Su hipótesis es si el individuo debe trabajar sobre sí mismo para hacerse más fuerte, lo que equivale a cultivar la resiliencia; o, al contrario, el mundo que circunda es el que debe cambiar para acompañar el proceso de sensibilización progresiva de la sociedad. En el sustrato de esta discusión emerge la pregunta sobre alentar una evolución individual o activar una revolución social. El libro revisa argumentos de otros autores que acentúan alguna de las polaridades. Judith Butler, por ejemplo, plantea que las acciones destinadas a ofender a una persona suman una carga estructural donde se aloja el prejuicio. En la posición antagónica se ubican quienes están a favor de la sensibilización como fortalecimiento de la resiliencia, no entendida como un debilitamiento de la capacidad de reacción, en el sentido de que no habría que soportar todo dolor, pero tampoco eliminar el dolor de la vida social. Las dos polaridades, resiliencia y sensibilidad, se muestran como dos experiencias contrarias y equidistantes. La autora relativiza esta consideración, pues es inadmisibles una resiliencia absoluta por cuanto de ser así los sentimientos de los otros dejarían de importar, como también la aceptación de una vulnerabilidad absoluta que inhabilita a las víctimas para la vida social, en tanto se vuelven incapaces y solo objetos de protección. La sensibilización a los ojos de la autora corresponde a un proceso de ascenso del devenir de la sociedad. Ahora bien, la consideración extendida de lo que cabe en la vulnerabilidad pudiera constituir un peligro en la medida que produce un efecto de separación en la sociedad. Este tramo de humanización, a nivel de lo sensible, encuentra en el aprendizaje del control de las pasiones un proceso que no ha sido capaz de desalojar lo instintivo y, por tanto, existe una violencia inherente, pero reacomodada por el efecto persuasivo del disciplinamiento. Citando a Richard Sennet, la autora destaca que la guía principal de la sociedad moderna (hoy en día) son los sentimientos, lo que sumado a la individuación y, por tanto, a la autenticación de las conductas, existe un fuerte potencial trasgresor y con ello de la vulnerabilidad por la vía de actos vulneradores, que consecuentemente llevan a acentuar los mecanismos de protección. La autora contrapone las visiones de Nietzsche, quien estima que el ser humano puede sobreponerse desde sus capacidades a la adversidad, y de Levinas, quien fundamenta que el estado propio de las personas es la vulnerabilidad. Es esta última condición la que homogeniza al ser humano en aquello que los iguala, eliminando las asimetrías y poniendo a la sensibilidad como la condición que otorga lo distintivo de las personas como especie. Desde esta óptica, quienes más requieren



la solidaridad son quienes han sido victimizados y vulnerados. Cabe entonces la pregunta sobre qué tipo de dolor puede ser objeto de asistencia y/o preocupación como sociedad. La autora avanza para establecer un punto de contacto entre ambas posiciones, se trata de la herida desde donde surge la resiliencia y la vulnerabilidad. Con Nietzsche, las conmociones no se pueden evitar, pero se pueden superar. Por su parte, Levinas no acepta el fatalismo ni la presencia del horror, por tanto, contraviene la idea de que desde la herida surge la fuerza; mantener la vigilancia sobre la vulneración posibilita conservar una alerta frente al descalabro de la historia. Sostiene de este modo que la herida nunca debe cerrarse. Flasspöhler vuelve atrás en el tiempo para encontrar argumentos en favor de la empatía. De la lectura de Hume, rescata su mirada sobre compartir humanidad a partir de roles sociales que actúan como máquinas de empatía, desde donde conocer el dolor del otro, situarse desde la perspectiva del afectado, constituye la única perspectiva legítima. Por último, vuelve a la filosofía de su tiempo, al acontecer del mundo actual, espacio en que resulta clave el retiro de la bulla para capturar la resonancia, en tanto conexión empática con la otredad. Vuelve a su planteamiento inicial acerca de cuánto tiene que cambiar la sociedad o cuánto tiene que trabajar sobre sí misma la persona, para establecer un balance entre la resiliencia y la sensibilidad.

Hernán Medina Rueda

Sociólogo